
Dr. Federico Caal (Don Lico)



Alejandro Menes MACG, Carlos Herrera Nájera

Los patos salvajes siguen al líder de su parvada por la forma de su vuelo y no por la fuerza de su graznido (Proverbio chino)

El Dr. Federico Caal Caal nació el 1 de agosto de 1945 en Campur, Carchá, Alta Verapaz. Realizó sus estudios de primaria en Campur de 1954 a 1957 y Livingston, Izabal de 1958 a 1959. Posteriormente cursó la secundaria (Magisterio) en el Instituto Normal Mixto del Norte, Cobán, Alta Verapaz de 1960 a 1965. Cursó Estudios Generales en la Universidad de San Carlos de 1967 a 1968 para después ingresar a la Facultad de Medicina en donde cursó la Carrera de 1969 a 1973, graduándose de Médico y Cirujano en 1974. Luego inició la residencia de Medicina Interna en el Hospital General San Juan de Dios de 1974 a 1976, si, el año del Terremoto. Muchas veces oímos una historia que él mismo nos ha confirmado: que en las horas y días posteriores al terremoto el Dr. Caal acudió al hospital para ayudar a tratar a los miles de heridos que llenaron el mismo hasta los parqueos, pero se dio cuenta que como internista fue muy poco lo que pudo ayudar de modo que este hecho, en sus palabras le hizo cambiar la forma de ver la Medicina y en las nuestras ganó un alma para la Cirugía por lo que al año siguiente (1977) ingresó a la residencia de Cirugía General en el mismo hospital, terminándola en 1980.

Al año siguiente inició a laborar para el Instituto Guatemalteco de Seguridad Social y dada la buena relación que había con el Departamento de Medicina Interna y la necesidad que desde hace años se había planteado la unidad de Nefrología de iniciar un programa de trasplante renal hicieron que el nefrólogo Dr. Oscar Córdón Castañeda le propusiera ir a entrenarse en



esa área al Hospital La Raza del Instituto Mexicano del Seguro Social lo cual aceptó y lo hizo de 1981 a 1982. A su regreso asumió como Jefe de Servicio en el Departamento de Cirugía del IGSS hasta su jubilación en el año 2000. Tras ese inicio le llevó 4 años conseguir y adecuar las instalaciones dentro del hospital, elegir a su equipo quirúrgico y conseguir todo lo necesario de modo que el 6 de mayo de 1986 junto a los Cirujanos Mario Aguilar Campollo y Carlos Salazar y los Urólogos Aníbal Ponce y José Barnoya iniciaron el programa de Trasplante Renal del IGSS, del que formó parte hasta su retiro. Este programa fue creciendo progresivamente hasta formar un programa en el que se trasplanta todas las semanas, del que formamos parte, que este año cumplió ya 37 años, y en el que hasta el día de hoy se han realizado 840 trasplantes

de riñón. En el año 1997 y luego de 1988 a 1999 fungió temporalmente como Jefe del Departamento.



El Dr. Caal durante todos estos años alternaba sus funciones como parte del equipo de trasplante renal con los de la cirugía general. Y tanto en unas como en las otras siempre lo recordamos como un Cirujano sumamente hábil, inteligente, juicioso y detallista. Entre sus residentes tenía la bien ganada fama de que no había problema, por complejo que fuera, que no pudiera solucionar. A diferencia de otros colegas que son los Cirujanos típicos con un gran ego, él siempre fue un hombre sencillo y que aparentaba estar en paz consigo mismo por el hecho mismo de estar siempre en control de las situaciones, lo cual manifestaba de una forma muy particular: siempre andaba silbando. De modo que no había que verlo para saber que

andaba por los alrededores. Y ese silbido era un bálsamo, una tabla salvadora cuando las cosas no salían como uno las había planeado en una cirugía y la situación se le salía a uno de las manos. En esos momentos críticos, que cualquier Cirujano ha tenido, en donde nos jugamos la vida, o al menos el futuro bienestar de un paciente y se nos empiezan a acabar las ideas y las maniobras, oír el silbido que indicaba que Don Lico andaba cerca y poder solicitar su ayuda, que nunca negaba, nos daba la tranquilidad de contar con quién podía solucionar lo que fuera.

Además, es un hombre de pocas pero bien dichas palabras, con un lenguaje rico y elegante, quien nunca profería palabras soeces ni vulgaridades y que ni aun cuando se molestaba y le llamaba a alguien la atención o durante un debate acalorado subía la voz lo cual aunado a su habilidad quirúrgica y su amplia experiencia lo convertía en un gran líder que tanto en su servicio como al frente del departamento nos guiaba por el buen camino con su inmejorable ejemplo y no por la fuerza de sus graznido, como reza el refrán con que iniciamos este homenaje y que pensáramos en él con las inmortales palabras del poema que Walt Whitman dedicara a Abraham Lincoln y que se popularizaron con la película La sociedad de los Poetas Muertos:

OH CAPTAIN! MY CAPTAIN!